Tribuna anarquista

A Marcelino Domingo

La compañera Antonia Maymón nos remite una Carta abierta para Marcelino Domingo, y, aunque tenemos la convicción de que dirigirse a individuos como el destinatario de la carta es algo así como ladrar a la luna, queremos complacer a la estimada compañera publicando su escrito. Sin embargo, le haremos notar que Marcelino Domingo, como tantos otros, no hará caso de nada ni de nadie porque ha logrado ya llegar al logro de sus aspiraciones: ser ministro, mandar, brillar. En todo caso, sus actividades de hoy tienden más a halagar nacionalismos reaccionarios catalanistas que a preocuparse de la enseñanza, cosa que no creemos le haya preocupado nunca.

Por otra parte, nos parece más lógico y más en consonancia con nuestras normas ácratas obrar sin parecer de ministerios, ministros y demás instituciones hechas, en primer lugar, para el ensoberbecimiento o el enriquecimiento de los arrivistas que a ellas se encaraman trepando por las espaldas del pueblo.

Dice así el artículo de la compañera Maymón:

No se asuste nadie, que al llamar amigo a un ministro, voy a pedirle mucho, pero nada para mí.

Allá, en tiempos que ya casi son remotos, batallamos ambos por la enseñanza racional. El pan nuestro de cada día, era para nosotros batallar contra la reacción y protestar de las mil y una telaraña, introducida en la enseñanza oficial.

Llegó el 17, la cárcel fué el hospedaje del hoy ministro, la persecución y el destierro mi suerte. Mi escuela, devastada y cañoneada, probaba la barbarie gubernamental. Querida profesora, me escribía un alumno, por nuestra escuela han pasado los bárbaros modernos, como los hunos devastan cuanto encuentran a su paso.

Después cada uno siguió su derrotero; él ha llegado a uno de los primeros puestos; yo continúo de simple maestra de primera enseñanza, en mi puesto estoy y no lo cambio por ningún otro, por alto que sea; pero desde él debo reclamar algo en nombre de los pequeñuelos que tienen derecho, en la enseñanza, a algo más de lo que se les da.

Desde tiempo inmemorial se viene atrofiando las mentes infantiles con mentiras y prejuicios, la enseñanza religiosa ha pesado como losa de plomo en las anteriores generaciones; la religión, añorando los buenos tiempos inquisitoriales, ha perseguido a sangre y fuego a la enseñanza racional, a los maestros nacionalistas. Las autoridades, al servicio de la reacción, no han tolerado la manifestación de la evolución racionalista y han tratado por todos los medios de ahogar todo lo que no fuera cretinismo y sumisión.

Caído el despotismo monárquico ¿qué le espera a la enseñanza? ¿El laicismo? Muchas gracias, no nos entusiasma la idea de ver desaparecer el crucifijo de la escuela, para ser sustituído por otro emblema; nos apena pensar, que quizás dentro de poco, emulando a Francia, los batallones infantiles recorrerán las calles al son de la marsellesa. Para ese viaje no necesitamos alforjas, como decía el baturro.

Jiménez de Asúa, ha dado la nota indispensable en estos momentos: zapatero, a tus zapatos; los políticos a lo suyo; los educadores y hombres de ciencia, a lo suyo también; pero para eso tenemos que saber con qué cortapisas contamos y qué se proponen hacer con los niños de hoy. Tenemos derecho a exigir mucho para la niñez, y ya que los mayores han llevado el agua a su molino, hemos de velar por lo que siempre nos sacrificamos: por la educación integral del individuo.

Escuela y despensa, dijo Costa, y si la segunda es necesaria, la primera es indispensable. Si los hombres de ciencia abandonaron momentáneamente sus cátedras y los estudiantes sus aulas para defender la decencia nacional y para volver honradamente a sus puestos sin admitir recompensa, como noblemente declara Jiménez de Asúa, nosotros no abandonaremos ni la escuela ni la tenacidad conque hemos defendido siempre la libertad de enseñanza.

Mucha libertad y democracia se ha prometido. Pues bien, vengan *reformas* en la enseñanza y cese la persecución a la enseñanza racionalista, porque si no se hace así nos van a oír los sordos.

Antonia MAYMON

ROSA DE FUEGO

Dios es la sombra oronda de la Abyección.

∴

La novia Ideal es la única matriz o nutriz sana y perfecta de la Vida. La otra, la carnal, si no es «ideal» remeda la Prostitución, «Non plus ultra».

∴

Voluntad quiere decir sacrificio; renunciación de la «carne»; amor inmaterial a lo grande y bello que se descubre en las materias cósmicas «de la Vida» y de lo sideral o Infinito.

∴

Las Leyes Sociales forman parte de las alcobas inmorales y señoriales de la Santa Podredumbre; de las «sublimidades» abyectas.

∴

El Crimen es el apéndice del Código; la Víctima, el sudario vetusto y venusto de la Ley. Todo hombre que acepta la Ley, es «un Dios». Y el Hombre que «se siente Dios», es un Criminal.

∴

Hasta la fecha los muertos han sido los únicos que han levantado enhiesta la antorcha fulgente y esplendente de las supremas rebeldías, de la inexhausta Justicia.

∴

¡Hombres libres, adelante! ¿Qué ha de importarnos la muerte, si al morir por la Humanidad va en ello la felicidad del Avenir; de la infancia del Progreso de los hombres y de la Naturaleza por sus mujeres; y por sus hijos, la Libertad?

∴

...otro..., otro..., así van cayendo los cíclopes libertarios, los «corpúsculos humanos» del Progreso Ideal, orlada la frente por el beso de fuego de la metralla anacrónica; atravesado el corazón por el virus de las balas de la policía, baba pestilente y de la impunidad que subrepticiamente actúa y maniobra pero cuyo mayor esplendor disputa la Autoridad de la Santa madre Iglesia...

∴

La Luz es el microscopio del Alma.

∴

Sólo muriendo «de una vez» por la Humanidad seremos honrados; digno título que no todas las almas al morir ostentan. El Trabajo justifica la Honradez, pero la muerte por el Ideal la glorifica. No hay Gloria sin Sacrificio. Cumplamos con el nuestro de defender y propalar la Verdad y ganaremos la Vida sabiendo que una vez extintos, la hemos de entregar muy nítida, asaz perfecta y un mucho fecunda por el ardor y valor de las lágrimas invictas...

∴

La Propiedad es el crucifijo de Dios. Dios es el símbolo omniscente de la Autoridad. Su bondad es la Guerra, el Crimen, la Desolación. Su incentivo, la depravación y bestialización del humano linaje.

Angel SIERRA

24-4-31.

Carta abierta

Al camarada S. Clará, director de «Solidaridad Obrera» de Barcelona.

He leído el artículo del militar Ramón Franco inserto en el diario de los trabajadores que tú diriges, artículo titulado «Garantías constitucionales». He de decirte que yo, un simple, en estos momentos, amante de la C. N. T. y de su ideario, encuentro que las ideas y conceptos vertidos por su autor estarían muy bien en una publicación republicana, pero están muy mal en el órgano de los sindicalistas revolucionarios que tiene, como supongo en ti, una finalidad altamente humanista.

Indudablemente Ramón Franco estaría de mal humor cuando tuvo la idea de escribir el tal artículo, porque existen en él tales despropósitos desde nuestro punto de vista y desde cualquier ideología que se mire, si se hace desapasionadamente, que de haberte fijado bien no le hubieses dado a la publicidad. Si Franco ha sufrido en el destierro las tremendas peripecias de un revolucionario, nosotros también las hemos sufrido y no lanzamos tanta indignación. Es seguro que si el artículo de Franco hubiese sido de otra firma más modesta no hubiera visto la publicidad, porque no la merece.

Dice Franco que el pueblo revolucionario debe cobrarse en los familiares de los sicarios del régimen monárquico los desafueros y desaguisados que éstos cometan contra el pueblo. Decir familiar es decir hijo, hermano, madre, padre, niña, nieto, abuelo... Un hombre podrá ser muy malo, será un degenerado o un loco, pero sus familiares no pueden cargar las culpas de otro. Que lo hiciera la Inquisición puede explicarse. Que se recomiende lo haga el pueblo... eso ya no está tan bien ni nada bien. Un procedimiento coercitivo, inquisitorial, será siempre un procedimiento reprobable sea quien fuere el sujeto «cuestionado» como diría un galo. Las palabras de Franco justificarían y dignificarían la conducta de esos sicarios que se quiere combatir. En régimen monárquico eso se hizo con los nuestros. Explica y justifica el tal sentimiento que si yo o el mismo Clara luchamos contra la monarquía o la república los sicarios de tales regímenes (la República española también tendrá sicarios, amigo Clara) puedan vengarse en nuestros familiares, pegando a nuestros hijos, encarcelando a nuestras compañeras y demás deudos que se hallen en nuestros hogares... Compañeros hay en esta misma ciudad que conservarán toda la vida la imborrable huella de esa ferocidad de las represiones que se cebaron en el hijo o en la madre por no hallar al que se consideraba elemento culpable.

Los familiares, los hijos, a nadie pueden cargar la culpa. ¿Acaso se puede culpar a mi madre o a mis hijas, ¡tan amadas!, de mis yerros o no yerros contra los esclavizadores que nos persiguen cuando desafiando todos los contratiempos digo la verdad? No y mil veces no. La moral religiosa perseguía en los hijos hasta la cuarta generación las culpas de los padres. Que lo considere así el jesuitismo. Nosotros no podemos ni tolerar que en nuestra prensa se diga. De aceptar el proletariado revolucionario esa doctrina que le has proporcionado al consentir la publicación de tales palabras, orladas y todo, no sería una señal de progreso lo que podríamos constatar, sino todo lo contrario. Sería establecer la horrenda ley de Linch tan aplicada contra los pobres hombres de color en una famosa república, honra y prez de muchos republicanos.

Yo creo, y posiblemente tú también, que cuando un procedimiento es malo lo es independientemente de las personas a que se aplica. Obligar a un presunto culpable confiese su falta por medio del tormento es injusto y bárbaro. Y si el procedimiento es independiente de la persona atormentada tanto vale que se trate de un anarquista como de un guardia civil. Un anarquista en tan graves cuestiones ha de gozar de la misma consideración y trato que un delincuente común. Ambos son hombres. ¡Cuántas veces no hemos gritado hasta hacernos oir internacionalmente cuando se martirizaba a alguno de los nuestros! Pues lo mismo digo y pienso de esas horrendas ideas vertidas en «Solis».

Quizá te extrañe mi actitud defendiendo a los familiares de los puestos por caso en el artículo de Franco. Debo advertirte que entre mis familiares no existe ningún miembro de la tal institución. No defiendo, pues, intereses personales. Defiendo, sí, a los irresponsables, a los inocentes, a los que no pueden pagar las culpas que no cometieron. Y los defendería aunque se tratara de hijos de quien fuere. Todos los niños me merecen especial cariño. Hay que defenderlos contra los malévolos consejos de un hombre amargado por los embates de la vida. Y quizá lo que verdaderamente duela en el alma sea precisamente que se hayan vertido tales ideas en una tribuna consagrada por entero a la causa de los desvalidos, de los proletarios y de la libertad y del bien. En una tribuna antimilitarista no debieran asomarse siluetas militaristas. «Solidaridad Obrera» es la tribuna del proletariado, de los anarquistas, de los hombres que desean una sociedad basada en la igualdad económica de todos los hombres. Vertiendo tales ideas esa tribuna se ha convertido en republicana.

¿Cree de verdad el amigo que España habiendo proclamado una república capitalista «de un salto y con una rapidez asombrosa se pone a la cabeza de la civilización de Europa y quizás del mundo» como se dicen en el fondo titulado «Nueva era» del número 128? ¡No tanto! Veremos si esta república da solución a unos cuantos problemas de verdadero interés. Ahora no la queremos enjuiciar, aunque tengamos la firme convicción de que fundamentalmente no hará nada de radical.

No obstante, entre la monarquía y república preferimos ésta. Gozaremos de alguna libertad que no concedía la monarquía. Económicamente no hará nada.

Yo te pido en nombre del Ideal que nos une que tengas especial cuidado con el alimento espiritual que nos des. El entusiasmo de las actuales circunstancias no debe cegarnos hasta el extremo de hacernos olvidar que los capitalistas de todos los colores, tengan el nombre que tuvieren, son acérrimos enemigos del proletariado que busque «un más allá de la república». En el gobierno actual hay tres ministros socialistas. Tienen una gran preponderancia. Buscarán que esa preponderancia se extienda a la Unión General de Trabajadores, o mejor expresado, procurarán que las tácticas y métodos de lucha del tal organismo sean los únicos legales en la República. La C. N. T. que tiene otros postulados será declarada ilegal en cuanto desencadene un conflicto de alguna importancia.

Nuestra Central se verá en breve en la precisión de estudiar la forma de elevar el salario del proletariado. Se verá obligada a ello porque en España se vive muy mal, se carece de trabajo, se gana poco, los víveres están por los cielos... como vulgarmente se dice y el pueblo trabajador quiere comer y no puede. Cuando surja ese conflicto se alzará la presencia del Estado influenciado por los socialistas con los comités paritarios o de arbitraje y demás métodos de lucha a base múltiple. No está todo esto tan lejos como pueda parecer.

No me guía nada contra ti. Al contrario. Lo que deseo es que esa «Solidaridad Obrera» que diriges sea el mejor diario y el ideario de la gloriosa C. N. T. se extienda y triunfe por toda la Península Ibérica.

J. FERRER ALVARO

Al servicio de la libertad Conservadores, no

Yo no sé si pienso mal. La ley suprema, mi conciencia, me dice que no. Pues bien, a mí no me asusta el coco nuevo. El coco viejo, el comunismo, ya sabéis que no es tal coco. Yo que de él sólo reprocho la parte de dictadura, sabía, al convivir con vosotros, que sois el verdadero pulso de la nación, que constituís el sistema nervioso de todo pueblo que se precia de poseer una civilización moderna, sé que pensáis como yo. Sé más, mucho más; sé que me queréis y sé que yo os correspondo en cariño como un hermano más.

Siempre he demostrado que no sé engañar y que ya ha llegado el instante de que comencemos a actuar de nuevo en este nuevo régimen.

El coco nuevo es el monarquismo. Hoy por hoy, no hay miedo de ese coco. Ni vosotros, ni los soldados, ni los marineros, que somos el verdadero pueblo que ha proclamado la república, lo consentiríamos. Si no tenemos armas, tenemos puños y dientes y tenemos, además, un corazón lleno de ideal, que está dispuesto a defender lo conquistado sin ceder ni un solo palmo.

Ahora bien, nosotros somos dinámicos, nosotros no podemos hacer alto. Un alto en nuestro camino es un retroceso en nuestra marcha. Jamás hemos sido conservadores, ni podemos serlo.

Hemos ayudado a la instauración de la República, pero queremos justicia, justicia lo más estrecha posible.

No queremos que se repitan los pasados suicidios de unos cuantos secretarios que, muertos de hambre porque el Estado los tenía abandonados, tenían que buscar unas pesetas para dar de comer a sus hijos, mientras sus superiores robaban a mansalva para mantener con lujoso y escándaloso vivir a sus queridas y quedaban impunes.

No queremos que la naciente república se apuntale sobre pilares que sostenía la monarquía.

Queremos que se cumplan los pactos que tuvieron con nosotros cuando pedían nuestro apoyo.

Y están los gobernantes muy lejos de ello

Ni nos escuchan ni nos quieren oír. Cuando nuestras voces se levantan, prometen como antes y nos dicen: Si ustedes no nos ayudan, vendrá de nuevo la monarquía.

Pero, pregunto yo: ¿Si ellos hacen cuanto nos prometieron, sería posible que viniera?

La monarquía no volverá; pero nosotros no podemos callar más, no debemos callar más.

Queremos que radicalmente cesen en sus puestos todos aquellos que nos persiguieron, que nos vejaron, que nos maltrataron, que nos insultaban y tenían por hijos de mala madre y que hoy se arrastran a nuestros pies, no arrepentidos, sino como asquerosos reptiles.

Queremos que en su lugar sean puestos nuestros leales amigos, nuestros colaboradores, aquellos que en nuestras prisiones no sintieron miedo de visitarnos, de ayudarnos, y que sufrían por nosotros, por nuestro martirio.

Y lo queremos, porque el pan que les daba a ellos y a sus hijos la monarquía, debe ser ahora, en este régimen, para los republicanos y para sus hijos.

La república debe dar a los monárquicos las migajas, si quedan, pero el pan debe ser para nuestros leales, para nuestros valientes, para los que cuando se les llamaba, acudían a exponer su vida por un ideal contra los que hoy siguen agazapados comiendo la sopa boba.

Ciudadano Companys, ciudadano Aiguadé, ¿qué hacéis? Si de Madrid no lo consienten, venid de nuevo con nosotros a seguir luchando, que la victoria será de la Izquierda.

No desertéis de vuestras filas, no seáis traidores, que os queremos, como hasta ahora, nuestros.

No entronicéis la autocracia en la República.

Jesús Ara, el marino sublevado en el «Numancia», condenado a muerte y en presidio muchos años, se muere de hambre, mientras Ojeda y otros varios como Ojeda, en Abastos y otros puestos, cobran dos sueldos, uno en Hacienda y otro en el Gobierno civil; Jaime Rosquilles no encuentra trabajo en ninguna parte.

Mis oídos no paran de oír quejas a diario, quejas justísimas, quejas que arrancan del alma ayes profundísimos.

Y sin embargo, yo he tenido que salirme del Gobierno civil, donde fuí por vosotros, porque no puedo ver tanta pasividad.

Siento náuseas; me parece que hemos cooperado a un asalto de Ministerios, de altos cargos. Veo buena voluntad, pero falta de energías, política de atracción de indeseables.

Eso es un craso error; el indeseable es un ciudadano libre, al que si se lo merece se le respeta, y si persiste en su indeseabilidad, se le envía a Fernando Póo, donde la tierra pide brazos; pero no se les pide ayuda, porque el pueblo no los quiere, y no los quiere porque no tiene necesidad de ellos.

Pensad, gobernantes, que las urnas os dieron el triunfo porque predicabais justicia, porque cada voto que en ellas entraba era una gota de sangre de Galán y García Hernández hecha derramar por los que buscáis ahora y nosotros queremos que nuestros hermanos, nuestros hasta la muerte, desde sus sepulturas no nos maldigan.

Mirad hacia la izquierda sin temor, que allí todo es nobleza y lealtad, y dejad de mirar a la derecha, de donde sólo puede salir la traición.

Antonio GIMENEZ

RÁPIDAS

La cárcel

¡Cuántas veces había jorcejeado con la puerta de mi celda! ¡Cuántas había sacudido los barrotes, que eran fuertes y fríos como el carcelero encargado de nuestra custodia!

Miraba la mole de la cárcel, y me parecía inmortal, imperecedera, obra de titanes, y sus puertas, irrompibles. ¡Oh pueblo! ¿Por qué pones en tus cárceles tantas puertas? Las paredes recias golpeándolas, daban la sensación de su potencia, hasta el fuego parecía poca cosa para barrerla. Hasta el huracán le tenía miedo y cuando pasaba rozándola gemía de modo distinto. Le tenía miedo el rayo, pues los pararrayos con sus afiladas puntas lo desafiaban y lo vencían. Era omnipotente, y ella lo sabía, y orgullosa de su poder, se erguía y desafiaba el pueblo.

¡Cuántas veces sobre el petate de olor nauseabundo, soñaba en una legión de titanes que venían a destruirla y en medio de una pesadilla, el reloj con su tañir plañidero y los alertas del centinela me recordaban mi condición de preso y vencido materialmente!

La mole de la cárcel se reía de mis sueños y mirando veía a través de la reja la luna, que los barrotes cortaban en pedazos.

Pero un día, frente a ella se presentó el pueblo. Más fuerte que los titanes, vinieron con mazas, con picos, herramientas de trabajo, y mil brazos juntos comenzaron a sacudir las rejas, a empujar las puertas que ante su esfuerzo, cedían, se doblaban los barrotes, caían hechos pingajos las cerraduras y los cerrojos. El pueblo es más potente que la cárcel. El huracán y el rayo le temían y el pueblo no, la atacaba y la vencía, devolvía al mundo lo que era suyo: unos hombres... Y ahora yo cuando te veo, cuando me acuerdo de tus puertas, de tus rejas, me acuerdo también del pueblo, al cual admiro porque es más justiciero que tú. Y más noble, pues solo empleó su fuerza para someter tu orgullo.

Manuel DUBEED

Barcelona y abril.

DEL MOMENTO

Los espíritus mediocres siempre están esperando el momento oportuno para manifestarse y, por regla general, se pasan la vida sin haber conseguido este deseo. Cuantas veces se lee en la prensa las manifestaciones que sugiere el momento y las aplicaciones que pudieran hacerse, sin que casi nunca se lleguen a plasmar en realidad:

El momento individual, como el colectivo, es siempre el presente; pero engendrado por otros anteriores, que influyen en él como influirá el presente en el venidero. Esperamos con verdadera impaciencia un acontecimiento en nuestra vida, como esperan los pueblos las épocas que han de cambiar el curso de la historia, sin darnos cuenta que los momentos son todos de actualidad en nuestra vida y en la colectiva. Somos anarquistas y nuestra lucha, contra la sociedad burguesa y estatal, es perenne y continúa, nuestros momentos son todos los que sentimos el latigazo de la explotación o la tiranía del poder coercitivo. En tanto no desaparezca la causa que produce los males sociales, seremos los incansables voceros de la libertad íntegra del individuo, sin cuya circunstancia es nula la colectiva. Así pues, nuestros momentos son todos los que nos obligan a estar en pugna con todo lo estatuído. Para nosotros no hay momento actual, sino sucesión de momentos de instintiva rebeldía y de razonado combate, como no puede haber revoluciones parciales que nos satisfagan, sino un gran momento revolucionario, engendrado por otra infinidad de momentos engendradores de aquel.

El que vive intensamente tiene siempre un momento actual, que no es inspirado por tal o cual acontecimiento aislado, sino gestado en su interior por la vida cotidiana, que no puede satisfacer, porque no ofrece las necesidades que reclama la vida humana. Y en este estado de constante protesta, el momento es siempre de actualidad. Porque de actualidad es siempre padecer hambre y sed de justicia en, una sociedad injusta; y de actualidad es siempre desear el reinado del amor humano en una colectividad fraticida.

Nuestras ideas viven dentro de nosotros, constituyen lo mejor de nuestro cotidiano vivir. No es la ropa que encubre nuestros apetitos y que puede cambiarse o modificarse a capricho, es la carne de nuestra carne, y la vida de nuestra vida, la necesidad imperiosa de ayer, de hoy y de mañana. Por eso, no tenemos un momento actual, que pueda detenerse a cantar las excelencias de tal o cual sistema, sino que nuestros momentos, en continuidad de enlace, se manifestaron y tuvieron vida, desde que el hombre aspiró a salir del aprisco donde lo habían clasificado como rebaño, hasta que la especie humana desaparezca del planeta.

Cuando el hombre viva la vida de libertad y fraternidad verdadera, su momento actual será constante, como el presente, con la sola diferencia, de que ahora es de lucha rebelde y de sufrimiento constante, y entonces será de alegría de vivir y de inquietud renovadora.

Los momentos de negro dolor, que engendran la protesta, serán sustituídos por los que producen el bien en progresión constante.

A. M.